

gos; su cielo siempre puro y sereno, todo imprime al valle de México un sello único en el mundo.

La absorción atmosférica, así en la capital como en el valle, es de una fuerza que parece increíble. La sequedad de la atmósfera hace frecuentemente descender á 15° el hygrómetro de De-lue y á 42° el de Saussure.

Todo conduce á creer que el valle de México, todo entero, no es en realidad más que el enorme cráter de un antiguo volcán, enrasado por una convulsión terrestre de fecha posterior. Y aunque aquellas comarcas están expuestas á incesantes terremotos, no hay memoria de que alguna vez hayan causado grandes estragos; por otra parte estos fenómenos cada día van siendo más raros.

El general Forey, cuya llegada se había anunciado para el día 10 de Junio, hizo en efecto ese mismo día su entrada triunfal en México, á la cabeza del ejército franco-mexicano.

Inmensa muchedumbre henchía las calles, desde la garita hasta la Plaza Mayor y el atrio de la catedral, cuyas campanas numerosas repicábanse á todo vuelo. Los habitantes adornando sus ventanas y balcones y aún toda la fachada de sus casas con ricas y vistosas colgaduras. El pueblo en masa, por la calle, lanzaba los cohetes á millares en señal de regocijo. Por todas partes veíase solamente flores, coronas, guirnaldas, colgaduras de seda, pabellones de naciones amigas, arcos de triunfo, inscripciones gloriosas. Toda la población, fuera de sí misma, en bullicio, se agitaba undulante como en el día de la más hermosa festividad; de fijo, más de cien mil mexicanos de toda clase habían invadido las torres, las terrazas y galerías de los templos, los balcones y pórticos de las casas, aglomerándose en las calles y plazas de la ciudad para presenciar la entrada y el desfile del ejército aliado.

El entusiasmo parecía tocar sus límites extremos, y con todo eso ¡cuántos de nosotros, los que habíamos tenido múltiples ocasiones de apreciar en lo que vale el carácter veleidoso de la nación mexicana, nos preguntábamos mutuamente si todas aquellas demostraciones serían hijas de la sinceridad!

### El drama sangriento de Querétaro.

En 3 de Julio de 1862 escribió Napoleón III al general Forey: "Si México conserva su independencia y su territorio, y si con el auxilio de la Francia recibe este país un gobierno sólido, habremos devuelto á la raza latina, al otro lado del Océano, su vigor y su brillo." Hacía justamente cien años que la lucha entre la Nueva Inglaterra y la Nueva Francia había decidido la preponderancia de la raza germánica en el continente de la América del Norte. A la sazón estaban en guerra unos con otros los Estados de la Unión del Norte y era necesario que se destruyera esta unión, anegándose en ríos de sangre, para que Napoleón III lograra realizar su proyecto en la Nueva España. Pero llegó el día en que los Estados Unidos salieron victoriosos de la guerra de separación y de los dueños de esclavos, y entonces quedó juzgada también toda tentativa de instalación de una potencia extranjera en el Nuevo Mundo. Es decir, que el destino del imperio de México, levantado en 10 de Abril de 1864, no podía depender ya ni de la fuerza ni de la debilidad de los franceses, ni de la fidelidad ni infidelidad de los mexicanos, sino que quedó decidido en los campos de batalla de los Estados Unidos. Esta decisión se efectuó en el mes de Abril de 1865 cuando los dos ejércitos del Sur rindieron las armas, el del general Lee al general del Norte Ulises Grant, el día 9 y el del general Johnston al general Sherman el 26 del mismo mes. Estas noticias, al llegar á México, implicaban la sentencia de muerte al emperador Maximiliano.

El presidente Juárez, sin poder político, sin recursos pecuniarios, derrotado militarmente en todas las ocasiones, y una vez hasta arrojado del país, tenía todavía un recurso infalible y era el auxilio militar directo de los Estados Unidos del Norte en forma de dinero, armas y artillería. El presidente Abraham Lincoln escribió á Juárez: "No estamos en guerra abierta con Francia, pero puede usted contar con dinero, cañones y voluntarios, cuyo envío favorecemos (1)." Los norteamericanos

(1) Keratry: *L'empereur Maximilien, son elevation et sa chute*. Leipzig 1867.

cumplieron la palabra dada, y después del asesinato de Lincoln, en 14 de Abril de 1865, su sucesor Johnson abandonó la reserva, que ya no se necesitaba, é hizo oír al emperador de los franceses un lenguaje que no le había dirigido nadie. El representante de los Estados Unidos en París recibió con fecha 6 de noviembre de 1865 un despacho de su gobierno en el cual éste, á tenor de la resolución del congreso de 4 de Abril de 1864, protestaba nuevamente contra toda tentativa de establecer en México una dinastía extranjera é imperial. En la comunicación de triunfo con que Johnson abrió en 4 de diciembre de 1864, el congreso, celebró la victoria como triunfo de la doctrina de que en América no podía haber otro gobierno mas que el republicano, y que si América dejaba á cada nación europea el derecho de darse el gobierno que le pluguiese, en cambio quería el derecho de no sufrir en su continente ningún otro gobierno mas que los republicanos, y que rechazaría impetuosamente toda ingerencia extranjera en sentido hostil. Decía que el principio de la no intervención en negocios extranjeros continuaría siendo la línea de conducta de los Estados Unidos y que la abandonaría únicamente en caso de intervención de potencias europeas en asuntos americanos. Dos días después en 6 de Diciembre, recibió el embajador americano en París el encargo de comunicar al emperador estas descripciones en forma bastante ruda, porque en 18 de octubre había hecho saber Napoleón III al gobierno de Washington que retiraría su ejército de México si los Estados Unidos reconociesen el imperio mexicano, lo que el gobierno de la Unión rechazó con la declaración clara y terminante de que no era la presencia del ejército francés en América lo que no se quería sufrir, sino el objeto de la presencia de aquel ejército; que contra el imperio de México estaba la república de México, que tenía á su favor al pueblo mexicano y al de los Estados Unidos, mientras el imperio mexicano solo estaba sostenido por la ingerencia extranjera que lo había creado. A mayor abundamiento, el congreso norte-americano declaró en 12 de diciembre, en ambas cámaras, que la tentativa de destruir una de las repúblicas americanas por una potencia extranjera y de levantar sobre sus ruinas una monarquía sostenida por bayonetas europeas, estaba en contradicción con la política tantas veces manifestada de los

Estados Unidos, era en alto grado repugnante al pueblo americano y constituía un ataque al espíritu de sus instituciones. Al acometer Napoleón III esta empresa, no había pensado, y menos lo había pensado el entonces Archiduque Fernando Maximiliano de Austria, que los Estados Unidos del Norte vencerían en la guerra civil. El Emperador de los franceses se lanzó á la aventura de México con una ligereza y una frivolidad que solo fueron excedidas después cuando provocó la guerra de 1870. El éxito fatal de la empresa de México, infirió al Segundo Imperio la primera herida cuando dicho Imperio se hallaba en su mayor auge. Fué una invasión indigna en un país cuya población pacífica no había hecho ningún mal á los franceses; esto fué el principio de la aventura, y el fin fué una retirada vergonzosa. Entre el principio y el fin ocurrió el drama de un joven príncipe que pagó con su existencia su ambición mal dirigida.

En 19 de Febrero de 1862 pactó el General Prim en la Soledad con el General Doblado, Ministro de Negocios Extranjeros de México, una especie de paz provisional, á la cual debía seguir lo más pronto posible la paz definitiva. El General español presentó aquella misma noche en Veracruz este convenio á sus dos colegas de Francia é Inglaterra á fin de que lo firmaran. El convenio fué resultado de la confianza que al General Doblado inspiró Prim, y de las intenciones moderadas y leales que animaban al General español en este negocio. El convenio daba á conocer ya en las primeras palabras el espíritu de paz, porque decía así: "En atención á que el gobierno constitucional que actualmente rige en la República de México ha demostrado á los plenipotenciarios de las naciones aliadas que no necesita las fuerzas auxiliares que las últimas han ofrecido con tanta benevolencia al pueblo mexicano, y que posee en sí mismo los elementos de fuerza y de crédito que necesita para conservarse y hacer frente á toda sublevación en el interior, los aliados se ponen inmediatamente en el terreno de los tratados y se declaran dispuestos á formular todas las reclamaciones que tienen que hacer en nombre de sus respectivas naciones. 1o. A este fin aseguran los representantes de las potencias aliadas por la presente, que no tienen la intención de emprender nada contra la independencia, la soberanía y la integridad del territorio de la

República; y con el objeto indicado se abrirían las negociaciones en Orizaba, á cuya ciudad irán los plenipotenciarios y dos ministros del gobierno de la República, á no ser que por ambas partes se conviniere en nombrar representantes. (\*)”

En estas palabras se reconocía al Presidente Juárez y á su gobierno, pues se le atribuía en términos precisos la legalidad constitucional y el poder y el crédito para protegerse á sí mismo, al paso que se negaba rotundamente toda intención de intervenir en el gobierno y estado interior de la República; por manera que al firmar los plenipotenciarios esta paz provisional se contentaban con que se diera satisfacción á reclamaciones perfectamente precisadas. Como la Inglaterra jamás había tenido intenciones políticas en México, ni había querido la caída del Presidente ni mucho menos la de la República, sus plenipotenciarios, Lennox White y Hugo Dunlop, podían firmar el convenio. Tocante á España, si antes había tenido intenciones políticas respecto de México, no las tenía ya hacía muchos años, de suerte que el General Prim podía firmar también el convenio; pero los plenipotenciarios franceses lo firmaron con intención páfida, para obtener la ventaja del segundo artículo que decía así: “Durante las negociaciones las fuerzas de las potencias aliadas ocuparán los tres centros de población, Córdoba, Orizaba y Tehuacán, con las inmediaciones correspondientes á estos centros.” Las tres ciudades mencionadas están situadas al borde de la alta meseta en la que se encuentran Puebla y México, mientras Veracruz está junto al mar, donde es endémica la fiebre amarilla; por cuya razón, los franceses sobre todo, tenían urgente necesidad de ocupar la parte alta del país, á lo cual se agregaba que en el camino que conduce de Veracruz á las citadas ciudades, estaban las obras de fortificación de los mexicanos, que oponían grandes dificultades á una conquista enemiga. Por eso disponía el artículo 3o. del arreglo, que en caso de fracasar las negociaciones, los plenipotenciarios aliados se obligaban á recoger sus tropas de las ciudades citadas y á retirarse en dirección de Veracruz hasta más allá de las fortificaciones mexicanas. Pues bien, los franceses, para aprovecharse del artículo 2o., firmaron el convenio con intención de

(1) T. Delord, tomo III, pág. 327.

faltar á los artículos 1o. y 3o. En 19 de Febrero había firmado Saligny, el plenipotenciario de Francia, y al día siguiente, al ponerse en marcha la tropa francesa, ya dijo á cuantos querían oírle, que el arreglo de La Soledad no valía más que el pedazo de papel en el cual estaba escrito. Fué esto ya un principio de revelación de las verdaderas intenciones del gobierno francés. El 3 de Marzo desembarcó en Veracruz con refuerzos franceses el Gral. francés Lorencez, llevando en su compañía á un fugitivo mexicano, el General Almonte. Uno y otro hicieron saber por medio de la prensa á los mexicanos que habían ido para derribar al Presidente Juárez y para colocar en el trono de México al Archiduque Maximiliano. Por tanto, el gobierno mexicano pidió en 3 de Abril que los franceses reembarcaran á Almonte, al padre Miranda, y á otros compañeros suyos y los llevaran inmediatamente fuera del territorio de la República.

En 9 de Abril se efectuó la primera reunión de los representantes de ambas partes en Orizaba para hacer la paz definitiva, y entonces el General Prim rasgó el velo que cubría las intrigas que se estaban fraguando, diciendo que pocos días después de la llegada del General Almonte le había visitado éste y le había declarado sin ambages que había ido para derribar al gobierno de México, reemplazar la República por una monarquía y colocar en el trono al archiduque Maximiliano de Austria; que contaba con el apoyo de las tres potencias aliadas; que tenía motivos para creer que su plan sería aceptado favorablemente por los mismos mexicanos, y que acaso antes de dos meses sería realizado. Refirió el General Prim que en seguida había protestado enérgicamente contra semejante proyecto rechazando en absoluto toda cooperación de España; porque México, desde cuarenta años República, odiaba la forma monárquica y no se conformaría con ninguna constitución contraria á sus instituciones. Al referir esto repitió Prim sus declaraciones, y añadió, que si los aliados entraban en semejantes planes, faltarían al convenio de 19 de Febrero, cuyo sentido era clarísimo y exigía que no se diera aliciente ninguno ni protección á los hijos perdidos de México que regresasen al país para conspirar contra su patria bajo la protección de banderas extranjeras. Contra esto declararon los plenipotenciarios franceses que estaban decididos á no negociar con el gobierno de la Re-

pública; muy lejos de negar á los fugitivos mexicanos la protección de la Francia, dijeron que se la concederían también en adelante como hasta entonces. A la pregunta de por qué habían firmado el convenio de 19 de Febrero si tenían semejantes intenciones, contestó Saligny que á nadie tenía que dar cuenta de los motivos que le habían hecho proceder así. El Almirante Jurien se expresó de la misma manera, diciendo siempre que era preciso marchar sin dilación sobre México. A esto dijeron los plenipotenciarios de Inglaterra y de España, que si los representantes de Francia insistían en sus declaraciones, se retirarían ellos con sus tropas y considerarían rotos por la Francia tanto el convenio de Londres como la paz provisional de La Soledad.

Así quedaron las cosas (1). Aquel mismo día, 9 de Abril, los dos representantes franceses enviaron al gobierno de México un mensaje negando la expulsión del General Almonte y sus agentes; y en lugar de emprender la retirada en dirección de Veracruz, como estaba convenido, las fuerzas del General Lorencez avanzaron sobre Puebla y abrieron con esto la guerra; mas el General mexicano Zaragoza los rechazó luego hacia Orizaba con algunas pérdidas, el 5 de Mayo de 1862.

En Septiembre de 1862 llegó el General Forey con nuevos refuerzos; consiguió apoderarse de Puebla el 17 de Mayo de 1863 después de dos meses de sitio, y á principios de Junio entró en la capital de México. Allí, en 8 de Julio, el General Almonte, ya poseedor del poder ejecutivo, reunió una Asamblea de Notables que decidió dar á México un Emperador hereditario, y ofrecer la nueva corona al archiduque Fernando Maximiliano de Austria. Una Comisión de miembros de esta Asamblea pasó á Miramar para obtener el consentimiento del archiduque; pero éste puso al principio condiciones que más bien indicaban su negativa, porque pidió en primer lugar la protección decidida de las potencias marítimas, y en segundo lugar una manifesta-

(1) No quedaron de esta manera: el General Prim se embarcó inmediatamente con sus tropas en los buques españoles é ingleses, y llegó á la Habana. Los ingleses se retiraron también, y los franceses se quedaron solos. Hacía mucho tiempo que se hablaba de los planes de Napoleón para poner en el trono á Maximiliano, y cuando se decidió la Intervención, al despedirse el General Prim de la reina Isabel, está le dijo: "Todo, menos Maximiliano."—N. del T.

ción clara y precisa de la nación mexicana (1). En lo primero no había que pensar siquiera, atendiendo que Inglaterra y España, nada querían saber de semejante asunto, ni tampoco había que pensar en el apoyo de los Estados Unidos. Respecto á la manifestación del pueblo mexicano solo la podía hacer el partido reaccionario cuyos partidarios constituían, no una pequeña minoría, pues no toda la nación estaba de parte del presidente Juárez; aunque el territorio en que gobernaba el partido reaccionario se componía solo de las ciudades de México, Puebla, Orizaba y Toluca, además de veinticinco ciudades pequeñas y veinte caseríos que en junto solo tenían 350,000 habitantes, incluyendo los 180,000 de la ciudad de México y quedando el resto de la nación bajo la presión revolucionaria.

El archiduque se resistió bastante tiempo. En Marzo de 1864 pasó con su esposa á París á invitación del emperador de los franceses, y allí firmó un convenio que debía convertirse en tratado definitivo el día que aceptara el título de emperador de México. La aceptación de este título fué retardada por no poderse poner de acuerdo con su hermano el emperador de Austria, Francisco José, que exigía la renuncia de Maximiliano á todas sus pretensiones legítimas á la corona de Austria. (2).

El emperador, antes de conceder permiso á su hermano para aceptar la corona de México, quería que éste renunciara por escrito á sus derechos eventuales al trono de Austria, y el archiduque quería que su hermano firmase una contra-carta secreta que anulase el documento oficial de renuncia. A esto no quiso ni pudo acceder el emperador, que solo consintió que el archiduque, en caso de renunciar otra vez á la soberanía de México, volviese á gozar los derechos á la sucesión del trono de Austria después de los agnados de la casa imperial. Esto no satisfizo al archiduque, que insistió en la contra-carta. Al descubrir esta dificultad el general Frossard, cuando se presentó por orden de Napoleón en Miramar para activar la partida de Maxi-

(1) T. Delord. tomo IV, pág. 107.

[2] Lo que ahora sigue está tomado de los documentos inéditos relativos á la misión del general Frossard en Viena, que publica literalmente Delord, tomo IV, pág. 109.

miliano, dirigióse al embajador francés en Viena, duque de Gramont, el cual le contestó que en este asunto el emperador Francisco José era inflexible.

En 2 de Abril partió la archiduquesa Carlota para Viena á fin de ablandar al emperador, pero sin éxito ninguno, y el 4 de Abril escribió Gramont á Frossard: "El emperador Francisco José ha recibido esta mañana una carta del archiduque enviada doce horas antes por la archiduquesa, y en la cual presenta á manera de *ultimatum* la exigencia de una contra-carta secreta anuladora de su renuncia oficial. Esto ha producido malísima impresión, y á juzgar por lo que he visto tengo la convicción de que en este punto la resolución del emperador es inquebrantable. Creo que S. M. está muy ofendido por la insistencia de su hermano en exigir un acto que el emperador califica de engaño indigno de un emperador, indigno de su hermano, indigno de Austria é indigno de México. El archiduque tendrá que renunciar á su empeño y eso pronto, porque si llegara á hacerse público perdería su importancia y aún la honra." El archiduque cedió, y el 10 de Abril de 1864 se presentó el emperador en Miramar en compañía de los archiduques Luis Víctor, Leopoldo y Ernesto, y de los ministros conde de Rechberg y Schmerling, firmando el documento por el cual Maximiliano aceptaba el trono de México y renunciaba á sus derechos de sucesión al trono de Austria. Hecho esto, Maximiliano recibió á la comisión mexicana que hacía tanto tiempo aguardaba su consentimiento, y dijo que gracias á la magnanimidad del emperador de los franceses se había conseguido las garantías necesarias para la independencia y bienestar del país. Estas garantías estaban contenidas en el convenio del 12 de Marzo hecho en París, y transformado luego en tratado con fecha 10 de Abril de 1864, por el cual quedaron estipulados el auxilio armado de la Francia y las sumas que correspondía pagar al nuevo emperador de México. (1) El auxilio armado de la Francia quedó concedido hasta que el emperador Maximiliano hubiese creado un ejército suficiente de mexicanos; y por un artículo secreto del mismo tratado de Miramar se obligó Napoleón á reducir solo gradualmente la fuerza armada que la Francia tenía en México,

(1) Delord, tomo IV, pág. 216.

compuesta ya de 38.000 hombres, de suerte que las tropas francesas, incluso la legión extranjera, quedarían reducidas el año de 1865 á 28.000 hombres, al año siguiente á 25.000 y el año 1867 á 20.000 hombres. Para cada individuo de este ejército debía pagar el emperador de México, desde el 1.º de Julio de 1864, la suma anual de mil francos y además 270 millones por todos los gastos que hasta entonces había originado la expedición de México. En 20 de Marzo de 1864, antes de aceptar el título de emperador, había contraído Maximiliano un empréstito, del cual debía pagar inmediatamente á Francia 66 millones y además 25 anuales á cuenta de la deuda de guerra y de la mantención de las tropas. Esta era una carga abrumadora para un imperio que había de conquistarse, fundarse y organizarse aún; carga tanto más grave cuanto que el mismo gobierno no podía poner la mano sobre el resto no vendido de los bienes de la Iglesia confiscados por el anterior gobierno de México, único tesoro existente todavía; pues á haber tocado este tesoro habría entrado el nuevo emperador en colisión con Roma, es decir, con el poder y el partido que le habían llamado para que les sirviera.

El emperador Maximiliano se embarcó en 14 de Abril de 1864 en la fragata austriaca *Novara*, en la cual había hecho su primer viaje marítimo. Su primer objeto fué concertar un concordato con la Santa Sede, á cuyo fin desembarcó en Civita-Vecchia el 18 de Abril é hizo en compañía de la emperatriz una visita al Papa. El 28 de Mayo desembarcó en territorio de México en el puerto de San Juan de Ulúa, y en el nuevo arreglo de administración ocupó el primer puesto la cuestión del concordato; pero el nuncio apostólico Meglia, que solo llegó á fines de 1864 á Veracruz, no llevaba los poderes que eran indispensables para arreglar la nueva situación. Una carta del Papa dirigida al emperador [1], insinuaba en términos muy corteses que la curia romana se opondría decididamente á que se hiciese lo que el nuevo emperador necesitaba si quería mantenerse en su posición. Así la primera tentativa que hizo Maximiliano para tomar una determinación en la cuestión de los bienes de mano muerta se encontró con la protesta decisiva del nuncio, y

[1] Delord, tomo I, pág. 250.